

no teniendo qué les dare,  
póngolos por las almenas  
armados como se estane,  
porque pensasen los moros  
que podrían pelear:  
en el castillo de Ureña  
no hay sino un solo pane,  
y si le doy á mis hijos,  
la mi mujer ¿qué harae?  
Si lo como yo, mezquino,  
los míos se quejarane. —  
Hizo el pan cuatro pedazos  
y arrojólos al reale:  
el un pedazo de aquellos  
á los piés del rey fué á dare.  
—Alá, pese á mis moros,  
á Alá le quiera pesare,  
de las sobras del castillo  
nos bastecen el reale. —  
Manda tocar los clarines  
y su cerco luégo alzare.

---

## ROMANCES DOCTRINALES



I

(De Lope de Vega Carpio)

Á mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.  
¡No sé qué tiene la aldea  
donde vivo y donde muero,  
que con venir de mí mismo  
no puedo venir más lejos!  
Ni estoy bien ni mal conmigo;  
mas dice mi entendimiento,  
que un hombre que todo es alma  
está cautivo en su cuerpo.  
Entiendo lo que me basta,  
y solamente no entiendo  
cómo se sufre á sí mismo  
un ignorante soberbio.  
De cuantas cosas me cansan,  
fácilmente me defiendo;  
pero no puedo guardarme

de los peligros de un necio.  
 El dirá que yo lo soy,  
 pero con falso argumento;  
 que humildad y necedad  
 no caben en un sujeto.  
 La diferencia conozco,  
 porque en él y en mí contemplo,  
 su locura en su arrogancia,  
 mi humildad en su desprecio.  
 Ó sabe naturaleza  
 más que supo en otro tiempo,  
 ó tantos que nacen sabios  
 es porque lo dicen ellos.  
 Sólo sé que no sé nada,  
 dijo un filósofo, haciendo  
 la cuenta con su humildad,  
 adonde lo más es menos.  
 No me precio de entendido,  
 de desdichado me precio;  
 que los que no son dichosos,  
 ¿cómo pueden ser discretos?  
 No puede durar el mundo,  
 porque dicen, y lo creo,  
 que suena á vidrio quebrado,  
 y que ha de romperse presto.  
 Señales son del juicio *ya*  
 ver que todos le perdemos,  
 unos por carta de más,  
 otros por carta de menos.  
 Dijeron que antiguamente  
 se fué la verdad al cielo:  
 ¡tal la pusieron los hombres  
 que desde entonces no ha vuelto!  
 En dos edades vivimos  
 los propios y los agenos,  
 la de plata los extraños,

y la de cobre los nuestros.  
 ¿Á quién no dará cuidado,  
 si es español verdadero,  
 ver los hombres á lo antiguo  
 y el valor á lo moderno?  
 Dijo Dios, que comería  
 su pan el hombre primero  
 con el sudor de su cara,  
 por quebrar su mandamiento;  
 y algunos inobedientes  
 á la vergüenza y al miedo,  
 con las prendas de su honor  
 han trocado los efectos.  
 Virtud y filosofía  
 peregrinan como ciegos:  
 el uno se lleva al otro,  
 llorando van y pidiendo.  
 Dos polos tiene la tierra,  
 universal movimiento,  
 la mejor vida el favor,  
 la mejor sangre el dinero.  
 Oigo tañer las campanas,  
 y no me espanto, aunque puedo,  
 que en lugar de tantas cruces  
 haya tantos hombres muertos.  
 Mirando estoy los sepulcros  
 cuyos mármoles eternos  
 están diciendo sin lengua,  
 que no lo fueron sus dueños.  
 ¡Oh bien haya quien los hizo,  
 porque solamente en ellos  
 de los poderosos grandes  
 se vengaron los pequeños!  
 Fea pintan á la envidia;  
 yo confieso que la tengo  
 de unos hombres que no saben

quién vive pared en medio,  
 sin libros y sin papeles,  
 sin tratos, cuentas ni cuentos:  
 cuando quieren escribir  
 piden prestado el tintero.  
 Sin ser pobres ni ser ricos  
 tienen chimenea y huerto;  
 no los despiertan cuidados,  
 ni pretensiones, ni pleitos,  
 ni murmuraron del grande,  
 ni ofendieron al pequeño;  
 nunca, como yo, firmaron  
 parabién, ni pascua dieron.  
 Con esta envidia que digo,  
 y lo que paso en silencio,  
 á mis soledades voy,  
 de mis soledades vengo.

## II

(Anónimo)

Si te durmieres, morena,  
 ten aviso que es el sueño  
 la mitad de nuestra vida,  
 que se nos pasa corriendo;  
 y que es tan veloz volando,  
 como ligera durmiendo;  
 tan breve en la juventud,  
 como cuando somos viejos,  
 porque el desengaño triste  
 de nuestro curso ligero,  
 cuando quiere despertarnos,  
 llega tarde y sin provecho.  
 Tu juventud y hermosura

no es más que un mercader nuevo,  
 que de rico queda pobre  
 con el discurso del tiempo:  
 es una gloria del mundo,  
 y de los ojos un velo,  
 y un grillo para los piés,  
 y esposas para los dedos;  
 una ocasión de peligros,  
 y de la envidia un terrero;  
 un verdugo de los hombres,  
 famoso ladrón del tiempo.  
 Cuando la muerte baraja  
 á los hermosos y feos,  
 en la estrecha sepultura  
 no se conocen los huesos;  
 y aunque el ciprés sea más alto,  
 y más hermoso sea el cedro,  
 no por eso su carbón  
 es más blanco que el del fresno;  
 que en esta mísera vida  
 nos viene el placer á sueños,  
 y el disgusto y los pesares  
 cuando estamos más despiertos.  
 La flor de su nuevo abril  
 la quema el otoño seco,  
 que en marfil blanco y malquisto  
 convierte el ébano negro.

## III

## Contra amor

(Anónimo)

Ya que á la plaza del mundo  
 saliste, mancebo loco,

con la garrocha en las manos  
y con la capa en el hombro,  
asegurado en los piés  
y descuidado en los ojos,  
sin ver que si corre un ciego,  
lleva el peligro notorio;  
mira bien que te ha mirado  
aquel toro cauteloso,  
que primero que la muerte  
nació para darla á todos.  
Apenas, siendo novillo,  
salió de los verdes sotos,  
y al primer hombre del mundo  
hizo ejemplo de los otros.  
«Echate, mozo;  
»que te mira el toro.»  
Vencerle quisieron reyes,  
domarle intentaron doctos,  
castos quisieron herrarle,  
y al fin erráronle todos.  
Un mozo le echó la capa,  
siendo á sus bramidos sordo;  
pero costóle estar preso  
por un falso testimonio.  
Amor le llama la gente,  
que no le ha visto en el coso;  
mas los que sus vueltas saben  
le llaman veneno y monstruo.  
«Echate, mozo,  
»que te mira el toro.»

## IV

(Anónimo)

Malograda fuentecilla,  
detén el curso, y advierte,

que si caudales presumes,  
precipitada te pierdes.  
Entre sauces y azucenas  
tuviste muy rico albergue:  
si tus corrientes esparces  
ni serás río ni fuente.  
Las flores que te servían  
de olorosos ramilletes,  
son urnas de tus cristales,  
de tus pensamientos muerte,  
y son tan breves tus días,  
que al pensamiento desmienten,  
porque corren tan apriesa  
que ya salen cuando vienen.  
¡Qué alegre al Tajo caminas,  
y qué poca vida tienes,  
siendo llanto á tus obsequias  
la misma risa que viertes!  
Á tu albergue te retira,  
no murmure quien te viere,  
que de altiva y de soberbia  
desvanecida te atreves.